

pretendía verlo para dirigirle las mayores injurias. El emperador se ocultaba detrás del general Bertrand todo cuanto podía, y estaba pálido y sin decir una palabra. A fuerza de perorar al pueblo, conseguimos sacarlo de aquel mal paso.

»El conde Schouwaloff arengó al populacho en estos términos: — «¿No os da vergüenza insultar á un desgraciado sin defensa? ¡Bastante humillado está por la triste situación en que se encuentra, él, que se imaginaba dictar leyes al universo, y que se ve hoy á merced de vuestra generosidad! Abandonadle á sí propio: ya veis que el desprecio es la única arma que debéis emplear contra ese hombre que ha dejado de ser peligroso. No sería propio de la nación francesa tomar otra venganza.» El pueblo aplaudía, y viendo Napoleón el efecto del discurso, hacía señas de aprobación á Schouwaloff, y luego le dió gracias por el servicio que le había prestado.

»Un cuarto de legua mas allá de Orgon creyó indispensable la precaucion de disfrazarse; púsose una vieja levita azul, un sombrero redondo con una escarapela blanca, y montó en un caballo de posta para galopar delante de un coche, queriendo pasar así por un correo. Como no podíamos seguirlo, llegamos á Saint-Canat mucho despues que él. Ignorando los medios que habría tomado para sustraerse al pueblo, lo creíamos en el mayor peligro, porque vimos su coche rodeado por gentes furiosas, que querían abrir las portezuelas; pero felizmente estaban muy bien cerradas, y esto salvó al general Bertrand. La tenacidad de las mujeres fue lo que mas nos sorprendió, pues nos suplicaban que se lo entregásemos, diciendo: — «Ha merecido tanto bien de nosotras y de vosotros mismos, que no os pedimos sino una cosa justa.»

»A media legua de Saint-Canat alcanzamos el coche del emperador, que poco despues se entró en una mala posada situada en el camino real, llamada *La Calade*. Seguimosle, y en este lugar fue donde supimos el disfraz de que había usado, y su llegada á esta posada á favor de tan extraño atavío: solo le había acompañado un correo, y toda su comitiva, desde el general hasta el marmiton, llevaban escarapelas blancas, de las cuales parecían haber hecho provision de antemano. Su ayuda de cámara salió á nuestro encuentro, y nos suplicó que hiciéramos pasar al emperador por el coronel Campbell, porque al llegar se había anunciado con este nombre. Prometimos conformarnos á este deseo, y yo entré el primero en una especie de habitacion, donde me chocó encontrar al ex-soberano del mundo sumergido en profundas reflexiones, con la cabeza apoyada en las manos. Al pronto no lo conocí, y acercándome á él, se levantó sobresaltado, y me dejó ver su rostro inundado de lágrimas. Me hizo seña de que no dijese nada, y de que me sentara á su lado, y todo el tiempo que la posadera estuvo en la sala, solo me habló de cosas indiferentes; pero cuando salió, volvió á su posición primera. Yo juzgué conveniente dejarlo solo, pero él nos suplicó, sin embargo, que pasásemos de cuando en cuando á su cuarto para que no sospechasen su presencia.

»Hicimosle saber que todo el mundo estaba instruido de que el coronel Campbell había pasado la víspera justamente por aquel lugar, y entonces resolvió tomar el nombre de lord Burghers. Nos sentamos á la mesa, pero como no eran sus cocineros los que habían preparado la comida, no pudo resolverse á tomar ningun alimento, por temor de ser envenenado. Sin embargo, viéndonos comer con buen apetito, tuvo vergüenza de demostrarnos los temores que le agitaban, y fingiendo tomar todo lo que se le ofrecía, devolvía los platos sin tocar á ellos, y algunas veces tiraba debajo de la mesa lo que había aceptado, para hacer creer que lo había comido. Solo tomó un pedazo

de pan y de vino de una botella que hizo sacar de su coche, la cual repartió con nosotros.

»Habló mucho y estuvo de una amabilidad notable, y cuando estuvimos solos, despues de haberse retirado la posadera que nos servía, nos hizo conocer que creía en peligro su vida, y que estaba persuadido de que el gobierno francés había tomado medidas para hacerlo asesinar en este lugar.

»Mil proyectos se cruzaban en su cabeza sobre la manera con que podría salvarse, y pensaba en los medios de engañar al pueblo de Aix, porque le habían dicho que una gran muchedumbre le esperaba en la casa de postas. Nos declaró, pues, que lo que le parecía mas conveniente era volver á Lyon, y allí tomar otro camino para embarcarse en Italia. En ningun caso hubieramos podido consentir en este proyecto, é intentamos persuadirle á marchar directamente á Tolon, ó ir por Digne á Frejus, tratando de convencerle de que era imposible que el gobierno francés pudiese tener intenciones tan pérfidas sin que nosotros estuviésemos instruidos de ellas, y que el populacho, á pesar de las indecencias á que se entregaba, no se haría culpable de un crimen de esa naturaleza.

»Para persuadirnos mejor, y para probarnos hasta qué punto eran fundados sus temores, según él, nos contó lo que le había pasado con la posadera, que no lo había conocido. — «¿Habeis encontrado á Bonaparte? le preguntó ella. — No, había respondido Napoleón. — Estoy curiosa, continuó la mujer, por ver si podrá salvarse; yo creo que el pueblo va á asesinarle, lo cual es preciso confesar que ha merecido muy bien ese tuno. Decidme, ¿van á embarcarlo para su isla? — Sin duda. — ¿Lo ahogarán, no es verdad? — Así lo espero! replicó Napoleón. *Ya veis, añadió, á qué peligro estoy expuesto.*»

»Entonces comenzó á fatigarnos de nuevo con sus inquietudes é irresoluciones, y nos suplicó examinásemos si no había alguna puerta secreta por la cual pudiera escaparse, ó si la ventana, cuyos postigos había visto cerrar cuando llegó, no estaba demasiado alta para poder saltar y evadirse.

»La ventana tenía una reja exterior, y lo puse en el mayor apuro cuando le comuniqué este descubrimiento. Al menor ruido se estremecía y cambiaba de color.

»Despues de comer le dejamos con sus reflexiones, y como de vez en cuando entrábamos en su sala, según el deseo que nos había manifestado, siempre lo encontramos llorando.

»El ayudante de campo del general Schouwaloff vino á decirnos que el pueblo, amotinado en la calle, se había retirado casi enteramente. El emperador resolvió marchar á media noche.

»Por una prevision exagerada aun tomó nuevos medios para no ser conocido.

»A fuerza de instancias obligó al ayudante de campo del general Schouwaloff á que se pusiera la levita azul y el sombrero redondo, con los cuales había llegado á la posada.

»Bonaparte, que entonces quiso pasar por un coronel austriaco, se puso el uniforme del general Kohler, se condecoró con la orden de Santa Teresa que el general llevaba, se encasquetó mi gorro de viaje, y se cubrió con la capa del general Schouwaloff.

»Despues que los comisionados de las potencias aliadas le hubieron equipado de este modo, se hicieron acercar los coches; pero antes de bajar, hicimos una repetición del orden en que debíamos marchar. El general Drouot iba el primero, luego el fingido emperador, ayudante del general Schouwaloff, y en seguida el general Kohler, el emperador, el general Schouwaloff y yo, que tenía el honor de formar parte

de la retaguardia, á la cual se unió la servidumbre del emperador.

»Así atravesamos la multitud, que se tomaba el mayor trabajo por descubrir entre nosotros el que ella llamaba su tirano.

»El ayudante de Schouwaloff (el mayor Olewieff) tomó el sitio de Napoleón en su coche, y Napoleón ocupó otro en la berlina del general Kohler.

»Sin embargo, el emperador no se tranquilizaba, y tanto, que mandó al cochero que fumase, á fin de que esta familiaridad pudiera disimular su presencia. Llegó hasta el punto de suplicar al general Kohler que cantase, y como este le respondiera que no sabía cantar, Bonaparte le dijo que silbase.

»Así fue como prosiguió su camino, oculto en uno de los rincones de la berlina y fingiendo dormir, mecido por la agradable música del general, é incensado por el humo del cochero.

»En Saint-Maximin almorzó con nosotros. Como oyó decir que el subprefecto de Aix estaba en aquel lugar, le hizo llamar, y le apostrofó en estos términos:

— «Debais avergonzaros de verme en uniforme austriaco, el cual he tenido que vestir para ponerme al abrigo de los insultos de los provenzales. Yo llegaba con plena confianza en medio de vosotros, cuando pude traer conmigo seis mil hombres de guarnicion. Yo no encuentro aquí mas que rabiosos que amenazan mi vida, pues estos provenzales son una mala raza que ha cometido toda clase de horrores y de crímenes en la revolucion; pero cuando se trata de batirse, entonces son unos cobardes. Jamás me ha suministrado la Provenza un solo batallon de que pudiese estar contento; pero tal vez estaran mañana tan encarnizados contra Luis XVIII como lo parecen hoy contra mí.»

«Volviéndose enseguida á nosotros, nos dijo que Luis XVIII no haría jamás nada de la nacion francesa si la trataba con demasiada contemplacion. Es preciso necesariamente, continuó, que levante impuestos considerables, y estas medidas le atraeran pronto el odio de sus súbditos.

»Nos contó que diez y ocho años antes había sido enviado á este país con muchos millares de hombres para libertar á dos realistas que debían ser ahorcados por haber llevado la escarapela blanca. Yo les salvé con mucho trabajo de manos de estos furiosos, y hoy día esos hombres volverían á los mismos excesos contra aquel de entre ellos que se negase á llevar la escarapela blanca. ¡Tal es la inconstancia del pueblo francés!

»Supimos que había en Luc dos escuadrones de húsares austriacos, y accediendo al deseo de Napoleón, mandamos orden al comandante que esperase nuestra llegada para escoltar al emperador hasta Frejus.»

Aquí termina la narracion del conde Waldbourg: causa daño leer estas relaciones. ¿Cómo, los comisionados no podían proteger mejor á aquel de quien tenían el honor de responder? ¿Quiénes eran ellos para afectar aires tan superiores con semejante hombre? Bonaparte, dice con razon, que si hubiera querido habría podido viajar acompañado de una parte de su guardia. Es claro que eran indiferentes á su suerte; que se gozaban en su degradacion, y que se consentía con placer en aquellas muestras de desprecio. ¡Es tan dulce tener á sus piés el destino de aquel que marchaba sobre las mas altas cabezas y vengarse del orgullo por el insulto! Así es que los comisionados no encuentran ni una palabra, ni aun de sensibilidad filosófica, sobre tal cambio de fortuna, para advertir al hombre de su nada y de la grandeza de los juicios de Dios. En las filas de los aliados habían sido numerosos los antiguos aduladores de Napoleón. Convento en que la Prusia tenía necesidad de un esfuerzo de virtud

para olvidar lo que había sufrido ella, su rey y su reina; pero este esfuerzo debió hacerse. ¡Ay! Bonaparte no había tenido lástima de nada: el momento en que se mostró mas cruel fue en Jaffa, y el mas pequeño en el camino de la isla de Elba. En el primer caso le han servido de excusa las necesidades militares; en el segundo, la dureza de los comisionados extranjeros excita el sentimiento de los lectores y disminuye la abyeccion del héroe.

El gobierno provisional de Francia no me parece tampoco libre de todo cargo: yo desecho las calumnias de Maubreuil; mas, sin embargo, en el terror que aun inspiraba Napoleón á sus antiguos domésticos, una catástrofe fortuita no hubiera podido presentarse á sus ojos sino como una desgracia.

Quisiera dudarse de la verdad de los hechos referidos por el conde Waldbourg; pero el general Kohler ha confirmado en una *Continuacion del itinerario de Waldbourg* una parte de la narracion de su colega: el general Schouwaloff me ha certificado por su parte la exactitud de los hechos, y sus palabras contenidas decían mas que el relato expansivo de Waldbourg. En fin, el *Itinerario de Fabry* está compuesto sobre documentos históricos franceses, suministrados por testigos oculares.

¿Ahora que hago justicia de los comisionados de los aliados, es el vencedor del mundo el que se ve en el *Itinerario de Waldbourg*? ¡El héroe reducido á disfraces y á lágrimas, llorando vestido de correo en una habitacion oculta de una posada! ¿Era así como estaba Mario sobre las ruinas de Cartago, como Anibal murió en Bithynia y César en el Senado? ¿Cómo se disfrazó Pompeyo? Cubriéndose la cabeza con su toga. ¡El que había revestido la púrpura poniéndose á cubierto bajo la escarapela blanca, y dando el grito de salvacion ¡viva el rey! ¡Ese rey de quien había hecho fusilar un heredero! ¡El señor de los pueblos, excitando las humillaciones que le prodigaban los comisionados á fin de ocultarle mejor, encantado de que el general Kohler silbase en su presencia, de que un cochero fumara á su lado, y obligando al ayudante de campo de Schouwaloff á que representase el papel de emperador, mientras que él, Bonaparte, llevaba el uniforme de un coronel austriaco y se cubria con la capa de un general ruso! ¡Cuán cruelmente amaba la vida; estos inmortales no pueden consentir en morir!

Moreau decía de Bonaparte: — «Lo que le caracteriza es la mentira y el amor á la vida; si lo azotase, lo vería á mis piés implorando gracia.» Moreau pensaba de esta suerte; no podía comprender la naturaleza de Bonaparte, é incurria en el mismo error que lord Byron. Al menos, engrandecido Napoleón en Santa Elena por las musas, aunque poco noble en sus contiendas con el gobernador inglés, solo tuvo que soportar el peso de su inmensidad. En Francia, el mal que había hecho se le apareció personificado en las viudas y en los huérfanos, y le obligó á temblar bajo las manos de algunas mujeres.

Todo esto es demasiado cierto; pero Bonaparte no debe ser juzgado según las reglas que se aplican á los grandes genios, porque le faltaba la magnanimidad. Hay hombres que tienen la facultad de subir, y que carecen de la de bajar. Napoleón poseía las dos facultades: como el ángel rebelde, podía disminuir su talla inconmensurable para encerrarla en un espacio medido: su ductilidad le proporcionaba medios de salvacion y de renacimiento, y con él no estaba terminado todo cuanto parecía estarlo. Cambiando á su gusto de costumbres y de traje, tan perfecto en lo cómico como en lo trágico, este actor sabía parecer natural bajo la túnica del esclavo como bajo el manto del rey. Un momento mas, y vereis cómo desde el fondo de su degradacion levanta el enano su cabeza de Briareo

Asmodeo saldrá en un torbellino de humo de la redoma en que estaba comprimido. Napoleón estimaba la vida por lo que le proporcionaba, y teniendo el instinto de lo que aun le quedaba que pintar, no quería que le faltase el lienzo antes de haber acabado sus cuadros.

Menos injusto Walter Scott que los comisionados, notó con candor que la furia del pueblo hizo mucha impresion en Bonaparte, que derramó lágrimas y que mostró mas debilidad de la que admitía su valor reconocido; pero añade: «El peligro era de una especie particularmente horrible y propio para intimidar á aquellos á quienes era familiar el terror de los campos de batalla; el soldado mas valiente puede estremecerse ante la muerte de los Witt.»

Napoleón fue sometido á estas angustias revolucionarias en los mismos lugares en que comenzó su carrera con el terror.

El general prusiano, interrumpiendo su relacion, se ha creído obligado á revelar un mal que el emperador no ocultó. el conde de Waldbourg ha podido confundir lo que veía con los sufrimientos de que Mr de Segur había sido testigo en la campaña de Rusia, cuando, obligado Bonaparte á bajar del caballo, apoyaba la cabeza contra los cañones. En el número de las debilidades de los guerreros ilustres, la verdadera historia no cuenta mas que el puñal que partió el corazón de Enrique IV, y la bala de cañón que dió la muerte á Turenna.

Después de la relacion de la llegada de Bonaparte á Frejus, desembarazado Walter Scott de las grandes escenas, pinta el pasaje de Napoleón á la isla de Elba, y la seducción ejercida por Bonaparte en los marineros ingleses, excepto en Hinton, que no podía oír las alabanzas dadas al emperador sin murmurar la palabra: *Humbug*. Cuando marchó Napoleón, Hinton deseó á su honor buena salud y mejor fortuna para otra vez. Napoleón era todas las miserias y todas las grandezas del hombre.

LUIS XVIII EN COMPIEGNE. — SU ENTRADA EN PARÍS. — LA ANTIGUA GUARDIA. — FALTA IRREPARABLE. — DECLARACION DE SAINT-OUEN. — TRATADO DE PARÍS. — LA CARTA. — RETIRADA DE LOS ALIADOS.

Mientras que Bonaparte, conocido del universo, se escapaba de Francia en medio de las maldiciones, Luis XVIII, olvidado de todos, salía de Londres bajo una bóveda de banderas blancas y de coronas. Napoleón volvió á encontrar su fuerza al desembarcar en la isla de Elba, y al desembarcar en Calais Luis XVIII hubiera podido ver á Louvel: allí encontró al general Maison, encargado diez y seis años después de embarcar á Carlos X en Cherburgo. Carlos X aparentemente para hacerlo digno de su mision futura, dió después á Mr. Maison el baston de mariscal de Francia, como un caballero, antes de batirse, confería la caballería al hombre inferior con el cual se dignaba medirse.

Yo temía el efecto de la aparicion de Luis XVIII, y me apresuré á adelantarlo en esa residencia donde cayó Juana de Arco en mano de los ingleses, y donde me enseñaron un volúmen marcado por una de las balas lanzadas contra Bonaparte. ¿Qué iba á pensarse del inválido régio reemplazando al caballero que había podido decir como Atila: — ¿No crece ya la yerba por donde ha pasado mi caballo? Sin mision y sin gusto emprendí una tarea bastante difícil, la de pintar la llegada á Compiègne, y hacer ver al hijo de San Luis tal como yo le idealizaba con el auxilio de las musas. Me expresé de este modo:

«La carroza del rey iba precedida de los generales y de los mariscales de Francia, que habían salido al encuentro de S. M. No ha habido gritos de ¡viva el

rey! sino clamores confusos, en los cuales solo se distinguían los acentos del enternecimiento y de la alegría. El rey llevaba un traje azul, distinguido únicamente por una placa y charreteras, y sus piernas envueltas en anchas polainas de terciopelo rojo, bordadas con un cordoncillo de oro. Cuando estaba sentado en un sillón con, sus polainas á la antigua y el baston entre las rodillas, se hubiera creído ver á Luis XIV á los cincuenta años.

Los mariscales Macdonald, Ney, Moncey Serrurier, Brune, el príncipe de Neufchatel, todos los generales, todas las personas presentes han obtenido igualmente del rey las palabras mas afectuosas. Tal es en Francia la fuerza del soberano legítimo, esa magia unida al nombre del rey. Un hombre llega solo del destierro, despojado de todo, sin servidumbre, sin guardias, sin riquezas, sin tener nada que dar, y casi nada que prometer. Baja de su coche apoyado en el brazo de una mujer joven, y se presenta á capitanes que jamás lo han visto, y á granaderos que apenas saben su nombre. ¿Quién es ese hombre? ¡El rey! todo el mundo cae á sus pies.»

Lo que antes decía yo de los guerreros, con el objeto que me proponía alcanzar, era verdad en cuanto á los gefes, pero mentía en cuanto á los soldados. Tengo presente en la memoria, como si lo viese todavía, el espectáculo de que fui testigo cuando, entrando Luis XVIII en París el 3 de mayo, fue á apearse en Notre-Dame: habían querido ahorrar al rey la vista de las tropas extranjeras, y un regimiento de la antigua guardia de infantería fue el que formó las filas desde el Pont-Neuf hasta Notre-Dame, á lo largo del muelle de los Orfèvres. Yo no creo que rostros humanos hayan expresado jamás alguna cosa tan amenazadora y tan terrible. Estos granaderos, cubiertos de heridas, vencedores de la Europa, que habían visto pasar sobre sus cabezas tantos millares de balas; estos mismos hombres, privados de su capitán, se veían obligados á saludar á un rey viejo, inválido por el tiempo y no por la guerra, vigilados como estaban por un ejército de rusos, de austriacos y de prusianos en la capital invadida de Napoleón. Los unos, arrugando la piel de sus frentes, hacían bajar hasta los ojos sus gorras de pelo como para no ver; otros inclinaban las dos extremidades de la boca con el desprecio de la rabia y otros al través de sus bigotes dejaban ver sus dientes como tigres. Cuando presentaban las armas lo hacían con un movimiento de furor, y el ruido de esas armas hacía temblar. Preciso es convenir en que jamás han sido puestos hombres á semejante prueba, ni han sufrido semejante suplicio. Si en este momento hubiesen sido llamados á la venganza, hubiera sido preciso exterminarlos hasta el último, ó se habrían comido la tierra.

En el extremo de la línea estaba un húsar joven, á caballo y con el sable desnudo, que hacía girar con un movimiento convulsivo de cólera. Estaba pálido; sus ojos giraban en sus órbitas, y abría y cerraba la boca haciendo chocar los dientes y ahogando gritos, de los que solo se oía el primer sonido. Vió á un oficial ruso, y la mirada que le lanzó no puede describirse. Cuando pasó delante de él el carruaje del rey, hizo saltar su caballo, y ciertamente tuvo la tentación de precipitarse sobre el rey.

La restauracion cometió, al principiar, una falta irreparable: debió licenciar el ejército, conservando los mariscales, los generales, los gobernadores militares, los oficiales con sus pensiones, honores y grados, y los soldados habrían entrado sucesivamente en el ejército constituido, como lo hicieron después en la guardia: la legitimidad no hubiera tenido desde el principio contra ella esos soldados del imperio organizados, formados en brigadas como lo estaban en los días de sus victorias, hablando sin cesar en-

tre sí del tiempo pasado, y alimentando penas y sentimientos hostiles contra su nuevo señor.

La miserable resurreccion de la Maison-Rouge, esa mezcla de militares de la antigua monarquía y de los soldados del novel imperio, aumentó el mal: creer que veteranos ilustrados en mil campos de batalla no se resentirían de ver jóvenes, muy valientes sin duda, pero en su mayor parte nuevos en el oficio de las armas, que llevaban, sin haberlas ganado, las señales de un alto grado militar, era desconocer la naturaleza humana.

Durante la permanencia de Luis XVIII en Compiègne, había ido á visitarlo Alejandro. Luis XVIII le chocó por su altivez, y resultó de esta entrevista la declaracion de Saint-Ouen de 2 de mayo. El rey decía que estaba resuelto á dar por base de la constitucion que destinaba á su pueblo las garantías siguientes: el gobierno representativo dividido en dos cuerpos; el impuesto libremente consentido; la libertad pública é individual; la libertad de la prensa; la de cultos; las propiedades inviolables y sagradas; la venta de los bienes nacionales irrevocable; los ministros responsables; los jueces inamovibles y el poder judicial independiente; todo francés admitido á todos los empleos, etc. etc.

Esta declaracion, aunque fuese natural en el ánimo de Luis XVIII, no pertenecía sin embargo ni á él ni á sus consejeros; era sencillamente el tiempo que dejaba su reposo; sus alas se habían plegado en 1792, y ahora volvía á su vuelo ó á su curso. Los excesos del terror, el despotismo de Bonaparte, habían hecho retroceder las ideas; pero tan pronto como fueron destruidos los obstáculos, alluyeron de nuevo al cauce que debían seguir y socavar á un tiempo. Volvieron las cosas al punto en que se habían detenido, y se tuvo como no ocurrido lo que había pasado: la especie humana había perdido solamente cuarenta años de vida desde el principio de la revolucion; ¿pero qué son cuarenta años en la vida general de la sociedad?

El 30 de mayo de 1814 se concluyó el tratado de París entre los aliados y la Francia. Convino en que en el plazo de dos meses todas las potencias que se habían comprometido de una parte y otra en esta guerra enviarían sus plenipotenciarios á Viena, para concluir en un congreso general los arreglos definitivos.

El 4 de junio apareció Luis XVIII en sesion regia en una asamblea colectiva del cuerpo legislativo y de una fraccion del senado, y pronunció un noble discurso: viejos, pasados, gastados, estos fastidiosos detalles no sirven ya sino de hilo histórico.

Para la mayor parte de la nacion, la carta tenía el inconveniente de ser otorgada, lo cual era remover con esta palabra inútil la cuestion ardiente de la soberanía real ó popular. Luis XVIII fechaba tambien su beneficio con el año de su reinado, considerando á Bonaparte como si no hubiese existido, del mismo modo que Carlos II había saltado á piés juntitos sobre Cromwell: esto era una especie de insulto á los soberanos que habían reconocido á Napoleón, y que en este momento mismo se hallaban en París. Este lenguaje añejo y estas pretensiones de antigua monarquía no añadian nada á la legitimidad del derecho, ni eran otra cosa mas que anacronismos pueriles. Fuera de esto, reemplazando la carta al despotismo, y trayéndonos la libertad legal, tenía con que satisfacer á los hombres de conciencia; mas, sin embargo, los realistas, que recogían sus ventajas, que saliendo de su aldea, de su pobre hogar, ó de las plazas oscuras en que habían vivido en tiempo del imperio, eran llamados á una alta y pública existencia, no recibieron el beneficio sino murmurando, y los liberales que se habían arreglado de corazón con la tiranía de Bonaparte, consideraron la carta como

un verdadero código de esclavos. Hemos vuelto á los tiempos de Babel; pero ya no se trabaja en un monumento comun de confusion, sino que cada uno construye su torre á su propia altura, y según su fuerza. Por lo demás, si la carta pareció defectuosa, es porque la revolucion no estaba en su término: el principio de la igualdad y de la democracia estaba en el fondo de los ánimos, y trabajaba en sentido contrario al orden monárquico.

Los príncipes aliados no tardaron en salir de París al retirarse Alejandro, hizo celebrar un sacrificio religioso en la plaza de la Concordia, alzándose un altar en el mismo sitio en que estuvo el cadalso de Luis XVI. Siete sacerdotes moscovitas celebraron el oficio, y las tropas extranjeras desfilaron ante el altar. El *Te-Deum* fue cantado con una de las mas bellas entonaciones de la música griega, y los soldados y los soberanos hincaron una rodilla en tierra para recibir la bendicion. El pensamiento de los franceses se trasladaba á 1793 y 94, cuando los oyes rehusaban pasar por las calles que les hacía odiosas el olor de la sangre. ¿Qué mano había conducido á la fiesta de las expiaciones esos hombres de todos los países, esos hijos de las antiguas invasiones bárbaras, esos tártaros, algunos de los cuales habitaban en tiendas de pieles de ovejas al pié de la gran muralla de la China? Estos son espectáculos que ya no verán las débiles generaciones que seguirán á mi siglo.

PRIMER AÑO DE LA RESTAURACION.

En el primer año de la restauracion presencié yo la tercera transformacion social: yo había visto la antigua monarquía pasar á la monarquía constitucional, y esta á la republica; yo había visto la república convertirse en despotismo militar, y veía el despotismo militar volver á una monarquía libre. Los mariscales del imperio se convirtieron en mariscales de Francia, y á los uniformes de la guardia de Napoleón se mezclaron los de los guardias de corps, y de la Maison-Rouge, exactamente cortados por los antiguos moldes: el viejo duque de Havré, con su peluca empolvada y su baston negro, marchaba como capitán de los guardias de corps al lado del mariscal Victor: el duque de Mouchy, que jamás había visto quemar un cartucho, desfilaron en la misa al lado del mariscal Oudinot, acribillado de heridas: el palacio de las Tullerías, tan apropiado y tan militar bajo el mando de Napoleón, en vez del olor de la pólvora, se llenaba del humo de las comidas que subía de todas partes, y todo iba volviendo á adquirir un aire de domesticidad. En las calles se veían emigrados caducos con ademanos y vestidos de otro tiempo, hombres los mas respetables sin duda, pero tan extraños entre la multitud moderna, como lo eran los capitanes republicanos entre los soldados de Napoleón. Las damas de la corte imperial introducían á las viudas del barrio de Saint-Germain y les enseñaban las costumbres del palacio, y llegaban diputaciones de Burdeos y capitanes de parroquia de la Vandée con sus sombreros á lo Rochejacquelein. Estos diversos personajes conservaban la expresion de los sentimientos, hábitos y costumbres que les eran familiares. La libertad, que estaba en el fondo de esta época, hacía vivir juntos los que á primera vista parecían no deber estarlo; pero costaba trabajo reconocer esa libertad, porque llevaba los colores de la antigua monarquía y del despotismo imperial. Todos sabían mal el lenguaje constitucional; los realistas cometían faltas groseras hablando de la carta; los imperialistas estaban menos instruidos aun, y los convencionales, convertidos en condes, barones, senadores de Napoleón y pares de Luis XVIII, incurrian unas veces en la dialéctica republicana, que casi habían olvidado, otras en el idioma del

absolutismo, que habian aprendido á fondo. Oíase á los ayudantes de campo del último tirano militar discutir de la libertad inviolable de los pueblos, y á los regicidas sostener el dogma sagrado de la legitimidad.

Estas metamorfosis serian odiosas si no tuviera parte en ellas la flexibilidad del carácter francés. El pueblo de Atenas se gobernaba á sí propio, y los oradores se dirigian á sus pasiones en la plaza pública; la multitud soberana estaba compuesta de escultores, pintores, obreros y oyentes, segun dice Tucídides; pero cuando, bueno ó malo, se llegaba á dictar

un decreto, ¿quiénes salian de esa masa incoherente é inexperta para ejecutarlo? Sócrates, Focion, Pericles y Albiciades.

¿ES Á LOS REALISTAS Á QUIENES DEBE CULPARSE DE LA RESTAURACION?

¿Es á los realistas á quienes debe culparse de la restauracion, como hoy se pretende? De ningun modo. ¿Se diria que treinta millones de hombres estaban consternados, mientras que un puñado de legitimistas consumaban contra la voluntad de to-



LAS TULLERIAS A LA CAIDA DE NAPOLEON.

dos una restauracion detestada, agitando algunos pañuelos y poniendo en sus sombreros una cinta de su mujer? Verdad es que la inmensa mayoría de los franceses estaba con la mayor alegría; pero esa mayoría no era legítima en el sentido limitado de esta palabra. Esta mayoría estaba compuesta de todos los matices de opiniones, feliz con verse libre y violentamente animada contra el hombre á quien acusaba de todas sus desgracias: de aquí provino el éxito de mi folleto. ¿Cuántos aristócratas verdaderos se contaban proclamando el nombre del rey? MM. Matthieu y Adrian de Montmorency, MM. de Polignac, escapados de su calabozo, Mr. Alexis de Noailles y Mr. Sosthene de La Rochefoucauld. Estos

siete ú ocho hombres, á quienes el pueblo desconocia y no seguia, ¿ponian la ley á toda la nacion?

Mad. de Montcalm me habia enviado un saco de mil doscientos francos para distribuirlos entre la pura raza legitimista, pero se lo devolví por no haber tenido donde colocar un escudo. Ataron una innoble cuerda al cuello de la estatua que coronaba la columna de la plaza Vendome; pero habia tan pocos realistas para tirar de ella, que las autoridades, todas bonapartistas, fueron las que bajaron la imagen de su señor con el auxilio de una polea: el coloso incluyó por fuerza la frente, y cayó á los piés de esos soberanos de la Europa, tantas veces prosternados ante él. Los hombres de la república y del imperio

fueron los que saludaron con entusiasmo la restauracion. La conducta y la ingratitude de los personajes elevados por la revolucion, fueron abominables con respecto á aquel á quien hoy afectan sentir y admirar.

Era muy natural que los realistas estuviesen contentos de volver á encontrar sus príncipes y de ver concluir el reinado de aquel á quien consideraban como un usurpador; pero vosotros, criaturas de ese usurpador, sobrepujasteis en exageracion á los sentimientos de los realistas. Los ministros y los grandes dignatarios prestaron á porfia juramento á la le-

gitimidad, y todas las autoridades civiles y judiciales se apresuraban á jurar odio á la nueva dinastía proscripita, y amor á la raza antigua que cien y cien veces habian condenado. ¿Quién componia aquellas proclamas, aquellos manifiestos acusadores y ultrajantes para Napoleon de que estaba inundada la Francia? ¿Los realistas? No: los ministros, los generales, las autoridades elegidas y mantenidas por Bonaparte. ¿Dónde se fraguaba la restauracion? ¿En casa de los realistas? No; en casa de Mr. de Talleyrand. ¿Con quién? Con Mr. de Pradt, limosnero del *Dios Marte* y saltimbanquis mitrado. ¿Con quién y en casa de



LUIS XVIII.

quién comia al llegar el lugar-teniente general del reino? ¿En casa de los realistas y con realistas? No; en casa del obispo de Autun, con Mr. de Caulincourt. ¿Dónde se daban fiestas á los *infames principes extranjeros*? ¿En los palacios de los realistas? No; en la Malmaison, en casa de la emperatriz Josefina. Los mas caros amigos de Napoleon, Berthier, por ejemplo, ¿á quién profesaban su mas ardiente adhesion? A la legitimidad. ¿Quiénes pasaban su vida en casa del autócrata Alejandro, en casa de ese tártaro brutal? Los clásicos del Instituto, los sabios, los literatos, los filósofos filántropos, teofilántropos y otros, de donde salian encantados y colmados de elogios y de cajas de tabaco. En cuanto á nosotros, pobres diablos de legitimistas, no éramos admitidos en parte alguna, y se nos contaba por nada. Unas veces nos decian en la calle que nos fuésemos á acostar, y otras que no gritásemos demasiada alto *viva el rey!* Lejos de forzar á nadie á ser legitimista, las potencias declaraban que nadie seria obligado á cambiar de papel ni de lenguaje, y que el obispo de Autun no seria mas obligado á decia misa bajo la monarquía que bajo el imperio. Yo no he visto Juanas de Arco proclamando el derecho soberano con un gerifalte en el puño y armadas de lanza; pero Mad. de Talleyrand recorría las calles en carretela cantando himnos sobre la piadosa familia de los Borbones. Algunos trapos colgados en las ventanas de los familiares de la corte imperial, hacian creer á los buenos cosacos que habia tantas lises en los corazones de los bonapartistas, convertidos, como guñapos blancos en sus balcones. El contagio es una maravilla en

Francia, y se gritaria *abajo mi cabeza!* si lo oyeran gritar al vecino. Los imperialistas entraban en nuestras casas para hacernos poner banderas de lienzo blanco en las rejas: esto fue lo que sucedió en la mia; pero Mad. de Chateaubriand no quiso oír, y defendió esforzadamente sus museínas.

PRIMER MINISTERIO.—PUBLICO LAS REFLEXIONES POLITICAS.—LA DUQUESA DE DURAS.—SOY NOMBRADO ENBAJADOR EN SUECIA.

El cuerpo legislativo, transformado en cámara de los Diputados, y la cámara de los Pares, compuesta de ciento cincuenta y dos miembros vitalicios, entre los cuales se contaban mas de sesenta senadores, formaron las dos primeras cámaras legislativas. Mr. de Talleyrand, instalado en el ministerio de Negocios Extranjeros, salió para el congreso de Viena, cuya apertura estaba fijada para el 3 de noviembre, conforme al artículo 32 del tratado de 30 de mayo, y Mr. de Jaucourt lo desempeñó por una interinidad que duró hasta la batalla de Waterloo. El abate de Montesquieu fue ministro de lo Interior, teniendo por secretario general á Mr. Guizot; Mr. Malouet entró en el de Marina; pero habiendo muerto, fue reemplazado por Mr. Beugnot; el general Dupont obtuvo el departamento de la Guerra, y luego le sustituyó el mariscal Soult, que se distinguió en él por la creacion del monumento fúnebre de Quiberon; el duque de Blacas fue ministro de la casa del rey; Mr. de Anglés, prefecto de policía; el canceller Am-

bray, ministro de la Justicia, y el abate Luis, ministro de Hacienda.

El 21 de octubre presentó el abate de Montesquieu la primera ley sobre la prensa, ley que sometía á la censura todo escrito de menos de veinte hojas de impresión: Mr. Guizot elaboró esta primera ley de libertad.

Carnot dirigió una carta al rey, en la que confesaba que los Borbones *habían sido recibidos con alegría*; pero no teniendo cuenta alguna ni con la brevedad del tiempo ni con lo que la carta concedía, daba consejos atrevidos, lecciones altaneras: todo esto no vale nada cuando se debe aceptar el rango de *ministro* y el título de *conde* del imperio; nada conviene mostrarse fiero hácia un príncipe débil y liberal, cuando se ha estado sumiso ante un príncipe violento y despótico; cuando, máquina gastada del terror, se ha encontrado insuficiente para el cálculo de las proporciones de la guerra napoleónica. En respuesta hice imprimir las *Reflexiones políticas*, que contienen la sustancia de la *monarquía según la Carta*. Mr. Lainé, presidente de la cámara de los Diputados, habló al rey de esta obra con elogio, y el rey parecía siempre encantado de los servicios que yo tenía el honor de prestarle: el cielo parecía haberme echado sobre los hombros la dalmática de heraldo de la legitimidad; pero mientras mas éxito tenía la obra, menos agradaba el autor á S. M. Las *Reflexiones políticas* divulgaron mis doctrinas constitucionales, y la corte recibió con ellas una impresión que no ha podido borrar mi fidelidad á los Borbones. Luis XVIII decía á sus familiares: — «Guardaos de admitir jamás á un poeta en vuestros negocios, pues todo lo perderá; esas gentes no son buenas para nada.»

Una fuerte y viva amistad llenaba entonces mi corazón: la duquesa de Duras tenía la imaginación, y aun algo en el semblante, de la expresión de madama de Stael, y bien ha podido juzgarse de su talento de autor por *Ourika*. Vuelta de la emigración, encerrada durante muchos años en su castillo de Ussé, á orillas del Loira, oi hablar de ella por la vez primera en los hermosos jardines de Mereville, despues de vivir en Londres junto á ella sin haberla encontrado. La duquesa vino á París para la educación de sus encantadoras hijas, Felicia y Clara, y relaciones de familia, de provincia, de opiniones literarias y políticas, me abrieron la puerta de su sociedad. El calor del alma, la nobleza del carácter, la elevación de ánimo, la generosidad de sentimientos, hacían de ella una mujer superior. Al principio de la restauración me tomó bajo su protección, pues á pesar de lo que yo había hecho por la monarquía legítima y los servicios que Luis XVIII confesaba haber recibido de mí, había sido tan alejado de todo, que ya pensaba en retirarme á Suiza.

Tal vez hubiera hecho bien; en esas soledades que Napoleón me había destinado como á su embajador en las montañas, ¿no hubiera sido mucho mas feliz que en el palacio de las Tullerías? Cuando entré en los salones, á la vuelta de la legitimidad, me hicieron una impresión casi tan penosa como el día en que vi en ellos á Bonaparte dispuesto á matar al duque de Enghien. Mad. de Duras habló de mí á Mr. de Blacas, que respondió que yo era libre de ir donde quisiera; pero tal fue el interés de Mad. de Duras, y tal valor tenía para sus amigos, que se desenterró una embajada vacante, la de Suecia. Cansado ya Luis XVIII de mi ruido, estaba muy contento con hacer de mí un presente á su buen hermano el rey Bernadotte. ¿No se figuraba este que me enviaban á Stockolmo para destronarlo? ¡Oh! ¡Yo no destrono á nadie, príncipes de la tierra; guardaos vuestras coronas, si podeis, y sobre todo no me las deis, porque yo no quiero ninguna!

Mad. de Duras, mujer excelente, que me permitió

llamarla hermana, á quien tuve la dicha de ver en París durante muchos años, ha ido á morir á Niza otra llaga mas abierta. La duquesa de Duras conocía mucho á Mad. de Stael, y á la vuelta de Mad. de Recamier de Italia saludé este nuevo socorro que llegaba á mi vida.

EXHUMACION DE LOS RESTOS DE LUIS XVI.—PRIMER 21 DE ENERO EN SAINT-DENIS.

El 30 de diciembre del año 1814, las cámaras legislativas fueron aplazadas al 1.º de enero de 1815, como si se las hubiera convocado para la asamblea del campo de mayo de Bonaparte. El 18 de enero fueron exhumados los restos de María Antonieta y de Luis XVI, y yo asistí á esta exhumación en el cementerio donde Fontaine y Percier, á imitación de una iglesia sepulcral de Rimini, han elevado despues, á la piadosa voz de la señora Delfina, el monumento tal vez mas notable de París. Este claustro, formado de un encadenamiento de sepulcros, hiere la imaginación y la llena de tristeza. En el libro iv de estas *Memorias* he hablado de las exhumaciones de 1815: en medio de las osamentas, reconocí la cabeza de la reina por la sonrisa que esa cabeza me había dirigido en Versalles.

El 21 de enero se puso la primera piedra de la base de la estatua que debía erigirse en la plaza de Luis XV, y que jamás lo ha sido. Yo escribí la pompa fúnebre del 21 de enero, y decía: — «Esos religiosos que salieron con la orillama al encuentro de San Luis, no recibirán al descendiente del santo rey. ¡En estas moradas subterráneas donde dormían esos reyes y esos príncipes anonadados, solo Luis XVI se encontrará solo!... ¿Cómo se han levantado tantos muertos? ¿Por qué está desierto Saint-Denis? Preguntemos mas bien ¿por qué está establecido su techo, por qué su altar está en pie? ¿Qué mano ha reconstruido la bóveda de estas cuevas y preparado estas tumbas vacías? La mano de ese mismo hombre que estaba sentado sobre el trono de los Borbones. ¡Oh, Providencia! El creía preparar sepulcros á su raza, y no hacia mas que edificar la tumba de Luis XVI.»

Por mucho tiempo he deseado que la imagen de Luis XVI fuese colocada en el mismo sitio en que el mártir derramó su sangre; mas ya no seré de esta opinión. Es preciso elogiar á los Borbones por haber pensado en Luis XVI desde el primer momento de su vuelta, pues debían tocar su frente con sus cenizas antes de ceñirse su corona en las sienas. Ahora creo que no hubieran debido ir mas lejos. No fue en París, como en Londres, una comisión la que juzgó al monarca, sino la Convención entera; de aquí la reconvencción anual que una ceremonia fúnebre repetida parecía hacer á la nación, representada en apariencia por una asamblea completa. Todos los pueblos han fijado aniversarios á la celebración de sus triunfos, de sus desórdenes ó de sus desgracias, porque todos han querido igualmente guardar la memoria de los unos y de los otros: nosotros hemos tenido solemnidades para las barricadas, cánticos para la Saint-Barthelemy, fiestas para la muerte de Capeto; ¿pero no es notable que la ley sea impotente para crear días de recuerdo, al paso que la religión ha hecho vivir de edad en edad el santo mas oscuro? Si los ayunos y las oraciones instituidas por el sacrificio de Carlos I duran todavía, es porque en Inglaterra el estado une la supremacía religiosa á la supremacía política, y en virtud de esa supremacía, se ha hecho día *feriado* el 30 de enero de 1649. En Francia no sucede lo mismo: Roma solo tiene el derecho de ordenar en puntos de religión; pues entonces, ¿qué es una ordenanza que un príncipe publica; un decreto que una asamblea política promulga, si otro príncipe ó otra asamblea

tienen el derecho de anularlos? Pienso, pues, hoy, que el símbolo de una fiesta que puede ser abolida, que el testimonio de una catástrofe trágica no consagrada por el culto, no está convenientemente colocada en el camino por donde la muchedumbre pasa distraída en sus placeres. En el tiempo actual, sería de temer que un monumento elevado con el objeto de expresar el horror de los excesos revolucionarios excitase el deseo de imitarlos: queriendo perpetuar el horror, muchas veces no se hace mas que perpetuar el ejemplo. Los siglos no adoptan los legados de luto, pues tienen bastante motivo presente para llorar, sin encargarse ademas de verter lágrimas hereditarias.

Al ver el carro fúnebre que conducía los restos de la reina y del rey, me sentí sumamente afectado, y lo seguí con la vista con un presentimiento funesto. En fin, Luis XVI tomó su puesto en Saint-Denis, y Luis XVIII por su parte durmió en el Louvre: los dos hermanos comenzaban juntos otra era de los reyes y de los espectros legítimos: vana restauración del trono y de la tumba, cuyo doble polvo ha barrido ya el tiempo.

Ya que he hablado de estas ceremonias fúnebres, os diré el mareo de que estaba agitado y oprimido cuando, concluida la ceremonia, me paseaba por la tarde en la Basílica, medio descolgada ya. Que pensaba en la vanidad de las grandezas humanas entre aquellas tumbas devastadas, era cosa corriente, moral vulgar que nacia del espectáculo mismo; pero mi ánimo no se detenía aquí, y penetraba hasta en la naturaleza del hombre. ¿Es todo vacío y ausencia en la región de los sepulcros? ¿No hay nada en ese nada? ¿No hay existencias de nada, pensamientos de polvo? ¿Esas osamentas no tienen modos de vida que se ignoran? ¿Quién sabe las pasiones, los placeres, los abrazos de esos muertos? ¿Las cosas que han soñado, creído y esperado, son como ellos, idealidades vueltas y confundidas con los mismos? Sueños, porvenir, alegrías, dolores, libertad y esclavitud, poderes y debilidades, crímenes y virtudes, honores é infamias, riquezas y miserias, talentos, genios, inteligencias, glorias, ilusiones, amores, ¿sois percepciones de un momento, percepciones pasadas con los cráneos destruidos en los cuales se engendraron, con el seno anonadado donde en otro tiempo latió un corazón? ¿En vuestro eterno silencio, ¡oh tumbas! si sois tumbas, no se oye mas que una risa burlona é eterna? Esa risa, es el Dios, la única realidad que sobrevivirá á la impostura del universo? Cerremos los ojos: llenemos el abismo desesperado de la vida con estas grandes y misteriosas palabras del mártir: — «Soy cristiano.»

LA ISLA DE ELBA.

Bonaparte había rehusado embarcarse en un buque francés, no haciendo entonces caso mas que de la marina inglesa, porque era victoriosa: había olvidado su odio, las calumnias y los ultrajes que hiciera á la pérfida Albion, y como no veía digno de su admiración mas que al partido triunfante, se embarcó en el *Undaunted*, que lo transportó al puerto de su primer destierro. No estaba sin inquietud sobre la manera con que sería recibido, pues dudaba que la guarnición francesa le entregase el territorio que custodiaba. De aquellos insulares italianos unos querían llamar á los ingleses, los otros permanecer libres de todo señor, y la bandera tricolor y la blanca ondeaban sobre algunos cabos cerreanos. Todo se arregló, sin embargo. Cuando se supo que Bonaparte llegaba con millones, los pareceres se decidieron generosamente á recibir á la *augusta víctima*, y las autoridades civiles y religiosas fueron arrastradas á la misma convicción. José Felipe Arrighi, vicario general, pu-

blicó un decreto, en que decía: «La Divina Providencia ha querido que fuésemos en lo sucesivo súbditos de Napoleón el Grande. La isla de Elba, elevada á un honor tan sublime, recibe en su seno al ungido del Señor. Ordenamos que se cante un solemne *Te-Deum* en acción de gracias, etc.»

El emperador había escrito al general Damesme, comandante de la guarnición francesa, que hiciese conocer á los naturales que había *elegido* su isla para su residencia, en consideración á la dulzura de sus costumbres y de su clima. Saltó á tierra en Porto-Ferrajo, en medio del doble saludo de la fragata inglesa que le llevaba y de las baterías de la costa. Desde allí fue conducido bajo el palio de la parroquia á la iglesia, donde se cantó el *Te-Deum*. El bedel, maestro de ceremonias, era un hombre pequeño y obeso, que no podía abarcarse el vientre con los brazos. Napoleón fue conducido en seguida al corregimiento donde estaba preparada su habitación, y se desplegó el nuevo pabellon imperial, fondo blanco atravesado con una banda roja sembrada de tres abejas de oro. Tres violines y dos contrabajos le seguían con rechimientos de gozo. El trono levantado apresuradamente en el salon de los bailes públicos, estaba decorado con oropel y girones de escarlata: el lado cómico de la naturaleza del prisionero se arreglaba muy bien con todo esto. Formó su servidumbre, que se componía de cuatro gentiles-hombres, tres oficiales de órdenes y dos furriers del palacio, declarando que recibiría á las damas dos veces por semana, á las ocho de la noche. En seguida dió un baile, y se apoderó, para residir en él, del pabellon de los ingenieros militares. Bonaparte encontraba sin cesar en su vida las dos fuentes de que había salido; la democracia y el poder real: su poder le venía de las masas ciudadanas; su rango de su genio; por eso se le ve pasar sin esfuerzo de la plaza pública al trono, de los reyes y de las reinas que se apiñaban enredador suyo en Erfurt á las panaderas y aceiteras que bailoteaban en su granja en Porto-Ferrajo. A las cinco de la mañana, con medias de seda y zapatos de hebilla, iba á presidir las obras de albañilería que mandaba hacer en la isla.

Establecido en su imperio, inagotable en acero desde el tiempo de Virgilio,

Insula in exhaustis chalybum generosa metallis.

Bonaparte no olvidaba los ultrajes por los que acababa de atravesar, ni había renunciado á desgarrar su sudario; pero le convenia parecer sepultado y hacer solo alrededor de su monumento alguna aparición de fantasma. Por esta razon, y como si no pensase en otra cosa, se apresuró á bajar á sus criaderos de hierro cristalizado y de iman, de modo que se le hubiera tomado por el antiguo inspector de las minas de su actual Estado. Arrepintiósse de haber afectado en otro tiempo la renta de las fundiciones de *Ilva* á la legión de honor, y quinientos mil francos le parecían valer mucho mas que una cruz bañada en sangre sobre el pecho de sus granaderos: — «¿Dónde tenía yo la cabeza? dijo; he dado muchos decretos estúpidos de esta naturaleza.» Hizo un tratado de comercio con Liorna y se proponía hacer otro con Génova, y valiera lo que valiese, emprendió cinco ó seis toesas de carretera, y trazó la colocación de cuatro grandes ciudades, como Dido designó los límites de Cartago. Filósofo arrepentido de las grandezas humanas, declaró que quería vivir como un juez de paz en un condado de Inglaterra; y sin embargo, al subir una montaña que domina á Porto-Ferrajo, á la vista del mar, que la rodeaba por todas partes, se le escaparon estas palabras: — «¡Diablo! preciso es confesar que mi isla es muy pequeña.» En algunas horas hubiera podido visitar todos sus dominios. Quería agregar á la

isla una roca llamada *Pianosa*, y dijo riendo:—«La Europa va á acusarme de haber hecho ya una conquista.» Las potencias aliadas se gloriaban de haberle dejado por irrisión cuatrocientos soldados; pero no necesitaba mas para llamar á todos los otros bajo su bandera.

La presencia de Napoleon en las costas de Italia, que habia visto comenzar su gloria y que conserva su recuerdo, todo lo agitaba. Murat era vecino, y sus amigos llegaban pública ó secretamente á su retiro: su madre y su hermana, la princesa Paulina, le visitaron, y pronto esperaban ver llegar á María Luisa y á su hijo. En efecto, apareció una mujer y un niño, y recibida con gran misterio, fue á morar en una *villa* retirada en el rincón mas remoto de la isla.

Si nosotros hubiéramos sido menos confiados, fácil nos habria sido descubrir la aproximacion de una catástrofe. Bonaparte estaba demasiado cerca de su cuna y de sus conquistas, y su isla fúnebre debía estar mas remota y rodeada de mas olas. No se explica cómo los aliados imaginaron relegar á Napoleon sobre las rocas en que debía hacer el aprendizaje del destierro. ¿Podia creerse que á la vista de los Apeninos, que al olor de la pólvora de los campos de Montenotte, de Arcole y de Marengo, que al descubrir á Venecia, Roma y Nápoles, sus tres bellas esclavas, no se apoderasen de su corazón las tentaciones mas irresistibles? ¿Habíase olvidado que Bonaparte tenia en todas partes admiradores y obligados, unos y otros sus cómplices? Su ambicion estaba decaída, pero no apagada, y el infortunio y la venganza reanimaron sus llamas. Cuando el príncipe de las tinieblas, desde la ori la del universo creado, apercibió al hombre y al mundo, resolvió perderlos.

Antes de estallar, el terrible cautivo se contuvo por algunas semanas. Su genio negociaba una fortuna ó un reino, y los Fouché y los Guzman de Alfarache pululaban por todas partes. El gran actor habia introducido el melodrama en su policía, reservándose la alta escena, y se divertia con las víctimas vulgares, que desaparecían detrás de los telones de su teatro.

El bonapartismo, en el primer año de la restauracion, pasó del simple deseo á la accion, á medida que sus esperanzas crecieron y que hubo conocido mejor el carácter débil de los Borbones. Bajo la hábil administracion de Mr. Ferrand, Mr. de Lavalette llevaba la correspondencia en los correos de la monarquía y los despachos del imperio. Nada se ocultaba ya: las caricaturas anunciaban una vuelta deseada, y se veían entrar águilas por las ventanas del palacio de las Tullerías, por cuyas puertas salía una manada de pavos.

Las advertencias llegaban de todas partes, y no se queria creer en ellas, é inútilmente el gobierno suizo habia prevenido al del rey de la actitud de José Bonaparte, retirado en el pais de Vaud. Una mujer que llegaba de Elba daba los detalles mas circunstanciados de lo que pasaba en Porto-Ferrajo, y la policía la metió en la cárcel; teniase por cierto que Napoleon no se atrevería á intentar nada antes de la disolucion del congreso, y que, en todos casos, sus miras se dirigirían hácia Italia. Otros, mas avisados aun, hacían votos porque el *cabo de escuadra, el prisionero*, abordase á las costas de Francia, pues así se acabaría de un solo golpe. Mr. Pozzo di Borgo declaraba en Viena que el delincuente seria cogido de un árbol. Si pudieran verse ciertos papeles, en ellos se encontraría la prueba de que, desde 1814, se urdía una conspiracion militar y marchaba al paso de la conspiracion política que el príncipe de Talleyrand dirigía en Viena á instigacion de Fouché. Los amigos de Napoleon le escribían que si no apresuraba su vuelta, encontraría ocupado su lugar en las Tullerías por el duque de Orleans, y se imaginan que esta revelacion sirvió para precipitar la vuelta de Bonaparte. Estoy convencido de todo esto; pero tambien creo que la causa deter-

minante que decidió á Bonaparte fue simplemente la naturaleza de su genio.

Acababa de estallar la conspiracion de Drouet, de Erlon y de Lefebvre-Desnouettes. Algunos dias antes comia yo en casa del mariscal Soult, ministro de la Guerra, y un necio refería el destierro de Luis XVIII en Hart-well. El mariscal escuchaba, y á cada circunstancia respondía con estas palabras:—«Eso es histórico.»—Traían las habuchas de S. M.:—«Eso es histórico.»—El rey sorbía tres huevos antes de comer:—«¡Eso es histórico!» Esta respuesta me chocó mucho. Cuando un gobierno no está sólidamente establecido, hay muchos que, segun la mayor ó menor energía de su carácter, se convierten en conspiradores: los sucesos hacen mas traidores que las opiniones.

Revisado en diciembre de 1846.

PRINCIPIO DE LOS CIENTO DIAS.—VUELTA DE LA ISLA DE ELBA.

De pronto anunció el telégrafo á los valientes y á los incrédulos el desembarque del hombre: *Monsieur* corre á Lyon con el duque de Orleans y el mariscal Macdonald, y vuelve inmediatamente. El mariscal Soult, denunciado en la cámara de los Diputados, cede su puesto al duque de Feltré el 11 de marzo. Bonaparte encontró de ministro de la Guerra de Luis XVIII en 1815 al general que habia sido su último ministro de la Guerra en 1814.

El atrevimiento de la empresa era inaudito. Bajo el punto de vista político se podría mirar esta empresa como el crimen irremisible y la falta capital de Napoleon. El sabio que reunidos aun los príncipes en el congreso, que la Europa aun sobre las armas, no sufrirían su restablecimiento: su juicio debía advertirle de que un triunfo, si lo obtenía, no seria mas que de un momento; pero inmolaba á su pasion de reaparecer en la escena el reposo de un pueblo que le habia prodigado su sangre y sus tesoros, y exponía á la desmembracion la patria, de la que tenia todo cuanto fuera en lo pasado y cuanto seria en el porvenir. En esta concepcion fantástica hubo un egoismo feroz, una falta increíble de agradecimiento y de generosidad hácia la Francia.

Todo esto es cierto, segun la razon práctica, para un hombre de entrañas mas bien que de cabeza; mas para los hombres de la naturaleza de Napoleon, existe una razon de otra especie; esas criaturas de elevada fama tienen un carácter distinto: los cometas describen curvas que se escapan al cálculo, pues no están fijadas en nada ni parecen buenas para nada; si se encuentra un astro á su paso, lo rompen y entran en los abismos del cielo; sus leyes no son conocidas mas que de Dios. Los individuos extraordinarios son los monumentos de la inteligencia humana, y no constituyen la regla.

Bonaparte fue, pues, menos determinado á su empresa por las falsas relaciones de sus amigos que por la necesidad de su genio, y se lanzó á ella en virtud de la fe que en sí mismo tenia. Para un grande hombre no es todo nacer, es preciso morir. ¿La isla de Elba era un fin para Napoleon? ¿Podía aceptar la soberanía de un cuadrado de legumbres como Diocleciano en Salona? Si hubiera esperado á mas tarde, ¿habria tenido mas probabilidades de triunfo, entonces, que hubiera conmovido menos su recuerdo, que hubiesen dejado el ejército sus antiguos soldados y que se hubieran afirmado las nuevas posiciones sociales? ¿Pues bien! él dió una cabezada contra el mundo, y al principio debió creer que no se habia engañado sobre el prestigio de su poder.

Una noche, entre el 25 y el 26 de febrero, al salir

de un baile que daba la princesa Borghese, se evade con la victoria largo tiempo su cómplice y su camarada, atraviesa una mar cubierta de nuestras escuadras, encuentra dos fragatas, un navío de setenta y cuatro y el brick de guerra *Zephyr* que se acerca y le interroga: él mismo responde á las preguntas del capitán; la mar y las olas le saludan, y él prosigue su curso. La cubierta de su pequeño buque, el *Inconstant*, le sirve de paseo y de gabinete, dicta en medio de los vientos y hace copiar sobre aquella mesa agitada tres proclamas al ejército y á la Francia: algunos factos, cargados con sus compañeros de aventura, rodeando su barca-almirante, llevan pabellón blanco sembrado de estrellas. El 1.º de marzo á las tres de la mañana aborda á las costas de Francia entre Cannes y Antibes, en el golfo Juan: salta en tierra, recorre la orilla, coge violetas, y vivaquea en una plantacion de olivos. El pueblo, estupefacto, se retira, y evitando Bonaparte entrar en Antibes, se mete en las montañas de Grasse, y atraviesa Seranon, Barreme, Digne y Gap. Veinte hombres pueden prenderlo en Sisteron, pero no encuentra á nadie, y avanza sin obstáculo por entre aquellos habitantes que algunos meses antes habian querido degollarlo. En el vacío que se forma enrededor de su sombra gigantesca, si entran algunos soldados, son arrastrados invenciblemente por la atraccion de sus águilas. Fascinados sus enemigos, le buscan y no lo ven, pues se oculta en su gloria como el león de Sahara en los rayos del sol para evitar las miradas de los cazadores deslumbrados. Envueltos en una nube ardiente, los fantasmas sangrientos de Arcole, de Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland, Eylau, Moscowa, Lutzen y Bautzen, le forman su comitiva con un millon de muertos. Del seno de esta columna de fuego, salen á la entrada de las ciudades algunos sonidos de clarín mezclados á las señales del lábaro tricolor, y las puertas de las ciudades caen. Cuando Napoleon pasó el Niemen á la cabeza de cuatrocientos mil infantes y de cien mil ginetes para hacer volar el palacio de los czares en Moscú, fue menos sorprendente que cuando rompiendo su destierro, arrojando sus cadenas al rostro de los reyes, vino solo de Cannes á París, á dormir apaciblemente en las Tullerías.

TORPEZA DE LA LEGITIMIDAD.—ARTICULO DE BENJAMIN CONSTANT.—ORDEN DEL DIA DEL MARISCAL SOULT.—SESION REGIA.—PETICION DE LA ESCUELA DE DERECHO Á LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.

Después del prodigio de la invasion de un solo hombre, es preciso colocar otro, que fue el rechazo del primero: la legitimidad cayó desfallecida, y el pismo del corazón del estado corrió por todos sus miembros, y dejó á la Francia inmóvil. Durante veinte dias, Bonaparte marcha por jornadas; sus águilas vuelan de campanario en campanario, y en un camino de doscientas leguas, el gobierno, dueño de todo, disponiendo del dinero y de los brazos, no encuentra ni el tiempo ni los medios de cortar un puente, de derribar un árbol para retardar al menos una hora la marcha de un hombre á quien las poblaciones no se oponían, pero á quien no seguían tampoco.

Esta torpeza del gobierno parecía tanto mas deplorable, cuanto que la opinion pública en París estaba muy animada y dispuesta á todo, á pesar de la defeccion del mariscal Ney. Benjamin Constant escribía en los diarios:

«Después de haber derramado todas las plagas sobre nuestra patria, abandonó el suelo de la Francia. ¿Quién no hubiera pensado que lo dejaba para siempre? De repente se presenta, y promete aun á los franceses la libertad, la victoria y la paz. ¿Autor de la constitucion mas tiránica que haya regido la Francia, habla hoy de libertad! Pero él es quien durante catorce años ha mirado y destruido la libertad. El no

tenia la excusa de los recuerdos ni el hábito del poder, pues no habia nacido bajo la púrpura. Ha impuesto la servidumbre á sus conciudadanos; ha encadenado á sus iguales, y como no habia heredado el poder, ha querido y meditado la tiranía; ¿qué libertad puede prometer? ¿No somos hoy mil veces mas libres que bajo su imperio? Promete la victoria, y tres veces ha abandonado sus tropas, en Egipto, en España y en Rusia, entregando á sus compañeros de armas á la triple agonía del frío, de la miseria y de la desesperacion. Ha atraído sobre la Francia la humillacion de ser invadida, y ha perdido las conquistas que habíamos hecho antes de él. Promete la paz, y su solo nombre es una señal de guerra. Bastante desgraciado el pueblo para servirle, volvería á ser el objeto del odio europeo, y su triunfo seria el principio de un combate á muerte contra el mundo civilizado. Nada, pues, tiene que reclamar ni ofrecer. ¿Quién podría convencerle ó quien podría seducirlo? La guerra intestina, la guerra exterior: hé aquí los presentes que nos trae.»

La orden del dia del mariscal Soult, fecha de 8 de marzo de 1815, repite poco mas ó menos las ideas de Benjamin Constant con una efusion de lealtad:

«Soldados: Este hombre, que hace poco abdicó á los ojos de la Europa un poder usurpado, del cual habia hecho tan fatal uso, ha vuelto al suelo francés, que ya no debía volver á ver mas.

«¿Qué quiere? La guerra civil. ¿Qué busca? Traidores. ¿Dónde los encontrará? Será entre esos soldados que ha engañado y sacrificado tantas veces extraviando su bravura? ¿Será en el seno de esas familias, á quienes su nombre solo llena todavía de espanto?

«Bonaparte nos desprecia bastante para creer que podremos abandonar á un soberano legitimo y querido para compartir la suerte de un hombre que no es ya mas que un aventurero. ¿Lo cree el insensato, y su último acto de demencia acaba de manifestarlo!

«Soldados, el ejército francés es el mas valiente de Europa, y tambien será el mas fiel.

«Agrupémonos enrededor de la bandera de las lises, á la voz de ese padre del pueblo, de ese digno heredero de las virtudes de Enrique el Grande. El mismo os ha trazado los deberes que tenéis que llenar. A vuestra cabeza se pone ese príncipe, modelo de los caballeros franceses, cuya feliz vuelta á nuestra patria ha arrojado ya al usurpador, y que hoy va á destruir con su presencia, su única y última esperanza.»

Luis XVIII se presentó el 16 de marzo en la cámara de los Diputados, donde se trataba del destino de la Francia y del mundo. Cuando S. M. entró, los diputados y los espectadores de las tribunas se levantaron y se descubrieron, conmoviendo una aclamacion las paredes de la sala. Luis XVIII sube lentamente á su trono; los príncipes, los mariscales, los capitanes de guardias se forman á los dos lados del rey; cesan los gritos, todo el mundo calla, y en este intervalo de silencio se creía oír los pasos lejanos de Napoleon. Sentado S. M., mira un momento la asamblea, y pronuncia con voz firme este discurso!

—«Señores, en este momento de crisis, en que el enemigo público ha penetrado en una parte de mi reino, amenazando la libertad del resto, vengo en medio de vosotros á estrechar todavía mas los lazos que, uniéndonos conmigo, constituyen la fuerza del Estado: vengo, dirigiéndome á vosotros, á exponer á toda la Francia mis sentimientos y mis deseos.

«He vuelto á ver mi patria, y la he reconciliado con las potencias extranjeras, que no dudeis serán fieles á los tratados que nos han dado la paz: he trabajado en la felicidad de mi pueblo, y he recogido y recojo todos los dias las señales mas inequívocas de su amor: ¿podría terminar mejor mi carrera á los sesenta años, que muriendo en su defensa?

«Nada, pues, temo por mí; pero sí temo por la